



NÉMESIS

Juan Soria



Setenta y cuatro años después de que apareciese colgado de un pino el cuerpo de un guerrillero en la Serranía conquense, un pastor descubre en idénticas circunstancias y en ese mismo pino el cuerpo de otro hombre colgando de una rama. En uno de los lugares más bellos y olvidados de la España vacía se inician las pesquisas de la inspectora Oramas y su equipo de trabajo en el que va a ser su segundo caso en Cuenca. Un caso que le hará recorrer a los lectores y lectoras por lugares inhóspitos a la vez que descubrirá pasajes olvidados o enterrados de nuestra historia contemporánea. Juan Soria confirma en esta obra su trayectoria literaria, con una sencilla y deslumbrante narrativa en la que intenta romper moldes proponiendo una emocionante fusión entre novela negra y novela histórica.

NÉMESIS

Juan Soria

Una de las diosas de la mitología griega se llama Némesis. Es una diosa primordial, lo cual significa que existió desde los inicios del mundo. Era la diosa de la justicia retributiva, de la venganza y de la fortuna.

En la actualidad, la palabra némesis se usa como sinónimo de enemigo. Dicho uso proviene del deseo de vengarse, tal como lo haría la diosa Némesis para administrar justicia.

En la RAE tiene dos acepciones:

- 1.- Propensión a ver y juzgar las cosas en su aspecto más desfavorable.
- 2.- Doctrina que insiste en los aspectos negativos de la realidad y el predominio del mal sobre el bien.

Advertencia preliminar

De nuevo es necesario advertir que lo que tenemos delante es una novela, y como tal estamos en los límites determinados por la ficción. Muchos de los hechos narrados pertenecen a nuestra historia contemporánea de la que he obtenido buena documentación, pero los personajes son ficticios. No hay que tratar de buscar personajes conocidos en esta novela puesto que son productos de mi imaginación salvo el de Teresa Pla Meseguer, a la que aludo con su propio nombre haciendo referencia a la novela de Alicia Giménez Bartlett «Donde nadie te encuentre».

Los lugares que se describen en esta obra son reales en su mayoría y pertenecen a la ciudad de Cuenca o a la Serranía. Debo advertir también que, aun siendo cierto la lucha guerrillera que se produjo en los montes conqueses, he jugado tanto con los personajes fabulados como con los lugares donde se desarrolla la acción.



Es el primer día de la temporada que Roque sale de pesca. Se acaba de vestir y sale de su habitación.

–Déjame que te vea –dice su mujer–. ¡Uy, uy, uy! Mira que te sienta bien este abrigo.

–Es una pelliza, cariño –contesta un tanto desgano.

–Abróchate bien, que el frío mañanero es muy traicionero. No olvides que las noches son todavía muy frías. Y en la orilla del río ni te cuento –insiste abrochándole el último botón de la camisa.

¡Uf! Roque resopla sin que su mujer se percate. Comba las cejas y apostilla:

–Tampoco hace falta que me lo recuerdes. He salido muchas veces de pesca más temprano y aquí estoy, vivito y coleando. ¿No recuerdas cuando...?

–¿Se puede saber dónde vas a ir a pescar? –interrumpe la señora.

–Cerca. Para no pescar nada no es preciso ir muy lejos –contesta con un ápice de indolencia.

–¿No te llevas la nasa?

–¡Cielo santo! Pues claro que la llevo. Anoche la dejé preparada en la puerta junto con la caña –dice con tono indiferente, como si fuera una frase mil veces repetida.

–No llegues muy tarde. Ya sabes que...

–¿Acaso he llegado tarde alguna vez? –contesta con insolencia.

–Ten cuidado al cruzar de acera. Y sobre todo en el cruce del puente de San Antón. Ya sabes que el otro día...

–No te preocupes. Cuando cruzo lo hago en tres brinco –ironiza–. Ya sabes que apenas he perdido el dinamismo.

–Y por la carretera camina por la izquierda. Ayer dijeron en la tele...

–¡Diablos! ¿Ya no te acuerdas que el Ayuntamiento ha construido un paseo para llegar al Recreo Peral?

–¡Uy! Es verdad. Lo había olvidado. Que tonta soy.

–Pues lo construyeron por la parte derecha de la carretera. Creo que no tendré más remedio que caminar por esa parte.

–Ah. Se me olvidaba. Si se te acerca alguien ten cuidado. Recuerda que a tu amigo...

Con socarronería y de forma un tanto marrullera intenta Roque acabar con la intercesión a que está siendo sometido:

–Vamos a acabar con esto, cielo; que los peces no esperan –dice besando a su mujer y pasando las yemas de los dedos por su piel sedosa.

–Lo último ya. ¿No olvidas algo?

–El cebo lo preparé anoche. Lo llevo en la nasa.

–No me refiero a eso.

–Pues no caigo –dijo tras tomarse unos segundos.

–El sombrero que te regaló tu hijo. El sol de primavera es muy traicionero y ya te va quedando poco pelo, ja, ja, ja...

Al poner un pie en la calle le sorprende una brisa fría que, si no acuchilla, es suficiente para saber que la primavera es muy traicionera en esta ciudad. El invierno está inmiscuyéndose donde no le corresponde hasta el punto de que no deja que la primavera se manifieste con todo su esplendor. Así pues, dado lo temprano que es y que en Cuenca cae la temperatura por la noche en picado, se hace necesaria una zamarra. Es de colores de camuflaje y,

aunque no es muy gruesa, el borreguito interior resultaba suficiente para sortear el fresco matutino. El señor lleva colgado del hombro la nasa y la mano derecha sostiene en paralelo al suelo la caña recogida, adminículos ambos que son producto del regalo que le hicieron sus compañeros de trabajo el día que se jubiló. Su cabeza está protegida por el sombrero de pesca a juego con la zamarra que le regaló su hijo. A pesar de la edad –sin duda alguna es octogenario– se mueve con diligencia.

Busca la calle Colón y con paso cansino pero decidido, bajo el hechizo de una ciudad vacía y en silencio –silencio tan solo roto por las copas de los árboles al cimbrarse–, marcha hacia el río Júcar. Al final de la calle Colón, justo en el cruce con la avenida Virgen de la Luz, se para ante el semáforo ya que aparece ante su vista la silueta de un hombrecito rojo. Mira la derecha y a la izquierda y no ve acercarse ningún vehículo rodado. Aunque hay quien considera que no es necesario respetar la norma de esperar verde si no hay circulación, el señor lo espera con la misma paciencia que un general ante una batalla. Al cruzar el puente de San Antón, antes de llegar a la iglesia Virgen de la Luz, gira a la derecha y camina río arriba.

La carretera desciende por el margen derecho del río en una sombría que proyecta el enorme murallón rocoso que se yergue sobre la margen izquierda. Baja la cuesta pegado al pretil que hay junto al río y que el Ayuntamiento, no hacía mucho, tuvo a bien ensanchar para evitar peligro a los peatones. Alza el cuello de la zamarra y al llegar a la curva mira al cielo. Ni una sola nube bajo la cúpula celeste. Deja la carretera y se desvía a la derecha por un camino pedregoso que al atravesar una nutrida red de retamas llega hasta una de las plataformas construidas en madera para los aficionados a la pesca.

Lo que no sabe es que, de forma subrepticia, lo ha estado siguiendo un coche. Ha estado apostado a unos cincuenta metros del portal de su casa durante cuarenta y

ocho minutos hasta que salió. En su interior hay dos personas, aunque antes de arrancar se baja uno de ellos. Con cautela, a una distancia prudencial, parando cada vez que se acerca al señor, lo sigue y aparca el coche en una oquedad lo más cerca que puede de la plataforma. Tras dos botas de montaña Chirucas sale un cuerpo fornido al que, a pesar de que le deben sobrar unos quince kilos a tenor de la manteca bamboleante que se apreciaba en torno a su estómago, se mueve con cierta agilidad. Deja el maletero abierto y marcha a esconderse tras el árbol con el tronco más grueso. Tiene la mala suerte que al pasar junto a un rosal silvestre su mano izquierda queda espetada por una espina. Da un respingo y, tal es el dolor que siente, que se lleva la mano a la boca en un acto reflejo. Cuando se calma el ardor de la piel, haciendo tenaza con el dedo índice y pulgar de la mano derecha consigue extraer la incómoda astilla. Resuelto el percance, se queda mirando fijamente el cuerpo del pescador —un cuerpo largo y encorvado— con las manos en los bolsillos como si fuera a hacer un retrato al carboncillo. Mira a un lado y a otro y en ese momento ladra un perro desde la otra orilla del río. Va acompañado de una señora de mediana edad. El pescador está embelesado en el río. Lo mira con devoción, con contemplación, como si en su interior hubiese un enigma que le costase interpretar.

Cuando se alejan el perro y su dueña el pescador sigue allí, se le acerca desde atrás y, sin mover ni una pestaña ni mediar palabra —ni siquiera puede percatarse de su presencia—, le asesta tres puñaladas por la espalda que interrumpieron el momento de silencio y de paz en que estaba sumido. Cae al suelo como un fardo. Lo recoge con rapidez por las axilas y lo arrastra con diligencia y presteza hacia el coche. Mete la parte superior de su cuerpo en el maletero. Recoge sus pies y queda el cuerpo del malhadado pescador boca arriba. Coge los brazos y los pone uno sobre otro a la altura del pecho en actitud de súplica. Sin

apenas inmutarse, cierra el maletero, arranca el motor y, levantando ligeras volutas de polvo, entra en la carretera y desaparece camino de la ciudad.

En la plataforma queda la caña depositada en el suelo sobre un charco de sangre y un taburete plegable. A menos de medio metro, con mansedumbre y sin estridencias, el agua pasa impregnando de humedad el ambiente y dejando un hilillo verdoso en el paisaje. Cuesta creer que alguien posea en sus manos el potencial suficiente para quebrar el rumbo de una persona, pero nada se puede hacer para impedirlo en este caso.



No es de noche todavía, apenas se perfilan las primeras sombras de la tarde cuando el teléfono de Oramas rompe la paz de una apacible tarde de domingo. A su madre el corazón parece querer salirse del pecho. Se vuelve a toda prisa hacia ella y siente la misma flojedad en sus piernas que cuando llevaba una mala nota del colegio o cuando había dejado de cumplir alguna norma en casa.

—Me temo que tendré que cenar sola de nuevo —advierte la madre de forma concluyente dejando escapar de su garganta un leve carraspeo que hace temblar todos los rulos que lleva puestos en la cabeza.

Lo dice a la vez con descaro y con tono de resignación, pero sabedora —y se basaba para ello en la experiencia— de que las llamadas domingueras van cargadas de dinamita. En el salón de la casa están sentadas en torno al televisor una frente a otra con la presencia de la perra tendida entre ellas en una prolongada somnolencia. Oramas deja los papeles que tiene en su regazo y deja caer las gafas por debajo del pecho. Su madre clava la aguja en la blusa y la deposita sobre el cestillo que tiene a sus pies. La perra ni se inmuta.

Si el pronóstico de la madre no es muy halagüeño, el de la hija no le va a la zaga. Cuando ve el nombre del comisario parpadeando en la pantalla de su teléfono móvil, su miedo se huele a distancia. Sabe que Federico no profanaría una tarde dominical sin un claro motivo. Es una persona tan educada como considerada y como jefe se

guarda mucho de esos tics dominantes que tanto empeoran la labor en equipo.

—Perdona la indiscreción —empieza excusándose el comisario y fue bastante para que Oramas entendiera que el fin de semana estaba consumido—, pero es que acabamos de recibir una denuncia por desaparición y he creído que deberías ser sabedora de tal circunstancia. Parece ser que el señor salió de pesca muy temprano y no ha vuelto a comer. Sus hijos han salido en su busca, pero no han dado con él. Quieren poner denuncia y aquí los tengo deshaciéndose en lamentos.

Cuando corta la comunicación, la madre la mira de reojo y Oramas se escuda en una sonrisa que no deja ni una sola pieza dental al descubierto. Intentando el más difícil todavía busca el teléfono de Crespo y marca:

—Dime, jefa.

La voz parece salir del fondo de una tinaja.

—¿Dónde estás?

—Colgada.

—¿Colgada? Como un murciélago. Vamos, que no puedo contar contigo —dice con tono desmedido.

—Pues no. De noche no conviene hacer el descenso. Si te puedo ser útil desde aquí arriba...

—La utilidad empezaría bajando al llano.

—¿Tú sabes el peligro que correría si lo hago ahora mismo?

—Te recuerdo que la adversidad forja el carácter.

—Lo que ocurre es que todavía no me planteo el suicidio.

—Pues que sepas que para una persona tan sombría como tú es bueno tener objetivos.

—¿Tanta necesidad tienes de asistir a un funeral?

—Ya sabes que cuando una amiga muere es como si se hubiera ganado una medalla olímpica.

—Pues por ahora te vas a quedar sin esa corona de laurel.

Su compañero Julián es padre de un niño pequeño y a Oramas no le parece bien privarle de esos momentos tan entrañables. «La vida en esas edades es tan efímera...». Mateo piensa ya más en la jubilación que en ganar méritos sacrificando la tarde de un domingo. Y como suele ocurrir en estas ocasiones, el camino más corto para resolver un asunto es no delegar en nadie y agarrarlo tú mismo por las orejas. Mira a su madre y alza las cejas. Le responde con un gesto ambiguo con el que, inequívocamente, le quiere hacer comprender que sabía lo que iba a ocurrir.

Recoge los papeles que tiene sobre el sofá. Se levanta con brusquedad y, sin dejar para el día siguiente lo que puede dejar resuelto esa misma tarde, anda yendo y viniendo con decisión por la casa hasta que se despide de su madre.

–Procuraré regresar cuanto antes –dice exudando bondad.

En los ojos de su madre asoma una mirada funesta.

–Que Dios te bendiga, hija mía. Pero, que sepas, hasta la fecha las recompensas y el reconocimiento por tu entrega han brillado por su ausencia.

–Yo trabajo únicamente por la satisfacción del deber cumplido –responde con una voz llena de suaves matices y con los ojos a punto de anegarse.

Sale de su casa y se dirige hacia la calle Alfonso VIII. Hay muy poca gente en la calle. Después de respirar el aire viciado durante toda la tarde, el viento fresco que corre calle arriba parece despejarla. La palidez del alumbrado dota a esa parte de la ciudad de un encanto especial. La brisa es fresca, lo cual no permite disfrutar del paseo en busca de la parte baja de la ciudad. Pasa por la Puerta de San Juan, aquella por la que, según cuenta la leyenda, se introdujeron las tropas de Alfonso VIII un día de san Mateo hace casi ocho siglos y medio a dar pal pelo a la morisma. El frío que le llega desde el Júcar es más intenso, razón por la que aprieta el paso. Al llegar a la fuente del Escardi-

llo cruza de acera, se encamina hacia la calle de las Tablas y, bajando las escaleras del Gallo, llega al llano.

Tres minutos después, quince desde que salió de su casa, entra por la puerta de la comisaría. A pesar de que esa puerta es la que traspasa a diario de lunes a viernes se le hace muy extraño rebasarla un domingo por la tarde, esa estancia le resulta una geografía extraña. Con desgana y con un rictus de irritación en su cara, alza la barbilla y se dirige al mostrador de información.

—¿Dónde está el comisario? —pregunta al uniformado que atendía al público.

Sin apenas palabras, casi basta la señal de su dedo índice señalando hacia arriba, dice:

—En su despacho.

Tres golpes en la puerta y un adelante es suficiente para que Oramas entre en él. Tras una fugaz mirada a todo lo que le rodea, sus ojos buscan los del comisario. Le parece una mirada enflaquecida. En torno a su mesa le acompañan dos varones y una mujer que Oramas supuso serían los hijos del desaparecido. El comisario se levanta, busca una silla y la acerca a la mesa.

—Siéntate con nosotros.

Está sin afeitarse, lo que le hace pensar a Oramas que ha salido de casa con precipitación abandonando, seguramente, la cotidianidad de un domingo cualquiera.

Con la vida a punto de caérsele a los pies, se sienta en la silla y los observa cuidadosamente. Mira a las tres personas extrañas con un leve vistazo que encierra cierta fragilidad. El comisario busca en una carpeta y le acerca un folio. En un par de minutos sabe lo que tenía que saber: Roque Yuste Calleja, nacido en 1935 en Boniches, hijo de Braulio Yuste Martínez y de Primitiva Calleja Pérez, ha salido por la mañana temprano a pescar y todavía no se ha presentado en casa. Sus hijos piensan que le ha pasado algo.

–¿Ha ocurrido esto en alguna ocasión más? –pregunta la inspectora Oramas–. Desaparecer, quiero decir.

–Nunca –contesta el más alto y el más fornido.

–¿Tiene teléfono móvil?

–Lo tiene, pero como si no lo tuviera –contesta la hija con el rostro compungido a punto de escapársele las lágrimas–. Es terco como una mula –añade–, y no hay quién le haga que lo lleve siempre encima.

–¿No pudiera ser que vuestro padre se haya marchado con algún amigo? –insiste Oramas acompañándose de una sonrisa.

–No –contesta el hijo más bajo con tono desabrido.

–¿Estáis seguro de ello?

–Segurísimos. Si se hubiera ido con un amigo nos hubiera avisado. Nosotros lo que pedimos es que no estemos discutiendo si galgos o podencos. Hay que ponerse manos a la obra. Y hay que hacerlo ya.

–Y lo hemos hecho –responde el comisario con suavidad–. Ahora mismo tenemos un patrullero recorriendo el río Júcar de arriba abajo y otro visitando los hospitales de la ciudad. Tanto la inspectora como yo hemos interrumpido nuestro descanso dominical.

Ni siquiera en esas circunstancias pierde el comisario la compostura. Los dos hermanos y la hermana se miran entre sí con gesto que parece implicar claudicación ante las palabras del comisario. Con mansedumbre, uno de los varones, deslizándose hacia la sensatez, pide disculpas. El comisario, casi sin dejar que acabara la frase y quitando importancia, le responde que no deben preocuparse: «entendemos la situación». La inspectora Oramas echa cuentas y advierte de la edad del desaparecido:

–¿Cómo le funciona la cabeza? Quiero decir que...

–Mejor que a mí e igual que los pies –responde la hija–. Mi padre no aparenta los ochenta y seis años que tiene, ni mucho menos.